

te Clara, como si ésta fuera una hija querida, que venga la pobre madre: ella encontrará en mí una amiga.....

—¡Madre!—gritó la portera:—aquí está la hermana Begga de la Anunciación, que viene por la limosna del canónigo Vissckers.

—¡Allá voy!—respondió la Madre vivamente, corriendo al encuentro de la hermana anunciada.

III.

Apenas el sol comenzaba su carrera, cuando la condesa de Almata dejó su palacio, y acompañada de su dueña fué á visitar de nuevo el Establecimiento de las huérfanas. La alegría más pura resplandecía en sus ojos; todo en el mundo le parecía grato y hermoso desde que había huido de ella la horrible amargura, bajo el peso de la cual había gemido tantos años. Su alegría era para su marido una fuente de consuelos y felicidades; él había vuelto á ser bueno y tierno para ella, y le mostraba una confianza tan ilimitada, que ella estaba convencida de que no quedaba la menor sospecha en su corazón. La condesa iba á visitar á Houten Clara, á la querida niña, sin temer que el ojo de un espía siguiera sus pasos.

La dueña llamó.

Sin duda la Madre directora había dado órdenes especiales á la portera, porque luego que ésta reconoció á las personas que deseaban entrar, abrió la puerta, y exclamó alegremente:

—Sed bienvenidas, señora condesa de Almata..... Yo soy vuestra humilde servidora..... Dignaos entrar para hablar inmediatamente á nuestra querida Madre.

La joven cerró la puerta, y ligera como una corza, salió de allí, á donde algunos instantes después llegó la Madre con Houten Clara.

Desde que la niña entró en el locutorio y per-

cibió á la condesa, se fué derecho á ella, la tomó una mano y se la besó.

La condesa se estremeció conmovida, pero se contuvo, y sin decir una palabra, se puso á contemplar con delicia los azules ojos de la niña. Tomó luego á ésta, la atrajo consigo, y la llenó de besos y caricias.

La mirada fija y extraña de la condesa hizo sin duda nacer en Clara un sentimiento del que no podía darse cuenta: la sonrisa desapareció repentinamente de sus labios, y quedó mirando á la condesa con un aire interrogador, como si esperase una explicación. La niña parecía decir:

—Todo el mundo me ama y me acaricia; pero vos me amáis enteramente de otra manera: ¿por qué es esto?..... ¿y por qué deseo yo tan vivamente encontrarme á vuestro lado?

La condesa comprendió sin duda la muda pregunta de la huérfana, porque exclamó suspirando, y con una voz llena de tristeza:

—¡Pobre niña!.....

La Madre observaba atentamente todas las emociones que experimentaba la condesa; y viendo que la situación había llegado á ser penosa, porque la dama y Houten Clara, á la vez con un mismo pensamiento permanecían calladas, dijo á aquélla:

—Señora condesa, os ruego que vayamos á la habitación donde se halla el clavicordio: oiréis qué bien toca nuestra querida Clara..... Ah! es una verdadera perla esta niña; la hermana Catarina del convento de Faucon, le ha enseñado la música, y la querida huerfanita toca tan bien, que se la escucharía durante muchos días, sin pensar en comer ni beber.

Entre la condesa y Houten Clara se había ya establecido un lazo de afecto y confianza; sin duda un misterioso sentimiento hacía á la niña ver en la gran señora algo más que una protectora, porque desde que la Madre propuso pasar á otra habitación, la huérfana fué á tomar la mano de la condesa, como si ésta hubiera sido

su madre. Este movimiento, por sencillo que fué, hizo brillar de alegría y de orgullo los ojos de la condesa, que condujo á Houten Clara de la mano, como lo hubiera hecho con su hija.

Cuando llegaron á la sala donde se hallaba el clavicordio, la Madre ofreció un sillón á la condesa, y haciendo lo mismo con la dueña, acercó á ella una silla en la que tomó asiento. Houten Clara se colocó delante del instrumento. La Madre dijo entonces á la niña:

—Canta el cántico: *Cantemos con alegría.....*
¡tiene tan hermoso prelude!

Houten Clara comenzó.....

La niña era sin duda en extremo sensible á la música, porque desde el principio pareció caer en una especie de éxtasis. Mientras que sus sonrosados deditos corrían ligeramente sobre el teclado, su graciosa boca sonreía á los dulces acordes; un pliegue se dibujaba en su hechicera frente, la que parecía tornarse en majestuosa, cuando la niña atacaba las notas graves.

Embargadas de admiración por la belleza y el encanto de la habilidad de la niña, sumergidas en las olas de aquellos armoniosos acordes, las tres mujeres contemplaban arrebatadas á la inspirada huérfana. Esta levantó la cabeza, sus ojos azules se dirigieron al cielo, y acompañándose del clavicordio, entonó el cántico que la Madre le había indicado.

Mientras que la voz de Houten Clara dejaba oír sus notas puras y argentinas, ni la Madre ni la dueña habían apartado los ojos del rostro de la niña. Cuando el cántico terminó, ambas dirigieron á la vez una mirada á la condesa, como para decirle:

—¿No es ese un canto celestial?

Pero ¡ay! la condesa tenía inclinada la frente, y un torrente de lágrimas corría silenciosamente de sus ojos, sin que ella misma se diera cuenta de tal cosa.

Houten Clara, viendo la emoción de la condesa, dejó escapar un grito de angustia, y co-

rió hacia ella, la contempló con admiración y con una expresión singular, y colocando su cabecita sobre las rodillas de la dama, dejó también correr sus lágrimas, como si queriendo consolar á la condesa, tratara de unir con los dolores de ésta su propia amargura. Pero la dama levantó á la niña, la tomó en sus brazos, la estrechó sobre su corazón, apoyó su mejilla en la mejilla de la huérfana, y bañó su rostro de lágrimas. Así permanecieron, sin lanzar ni un gemido, ni un solo suspiro.

Era esta escena tan solemne y conmovedora, que la dueña contemplaba á su señora con veneración, sin atreverse á proferir una sola palabra. La Madre, entre tanto, juzgó que no se había engañado en sus primeras sospechas; y comprendiendo lo que pasaba en el corazón de la condesa, se esforzaba por contener las lágrimas de piedad que querían escaparse de sus ojos: el sentimiento de las conveniencias y una grande generosidad le ayudaron á dominar esta emoción y aún le permitieron permanecer como si no hubiera adivinado la causa de la escena que presenciaba.

Algunos instantes después, la condesa volvió al sentimiento de la realidad. El silencio que reinaba á su rededor le sorprendió; levantó la cabeza y vió los ojos de la Madre fijos en ella de una manera que parecía interrogarle. Entonces comprendió su imprudencia, y se esforzó en recobrar su sangre fría, ó disfrazar al menos las apariencias. Enjugó las lágrimas que humedecían sus mejillas, y se puso á acariciar á la niña para disimular su turbación. Cuando pudo al fin sentirse enteramente sobre sí, dió un último beso á Houten Clara, y dijo con una voz tranquila:

— Mi querida niña, vuestra voz me ha conmovido mucho; vuestro canto tiene verdaderamente un mágico poder.

Pero la niña, que continuaba llorando, respondió con la voz entrecortada por los sollozos:

—Ah! aunque así sea, no volveré á cantar más en mi vida.

—¿Pero, por qué, hija mía?

—Porque os hace llorar..... Sí, estad segura, no volveré á cantar más, ni para vos, ni para otros. Demasiado enfadada estoy contra mí misma por haberos entristecido tanto..... ¡Ay de mí! ¡qué in feliz soy con saber cantar!.....

Las palabras de la niña no eran seguramente á propósito para tranquilizar á la condesa, porque ésta sintió de nuevo un impulso de llanto; pero se contuvo al ver que la Madre tenía fijos en ella atentamente los ojos. La condesa sentó cómodamente á la niña sobre sus rodillas, y dijo con una voz cariñosa:

—Mi querida Clara, os engañáis: son de alegría las lágrimas que vierto. ¿Acaso nunca habéis llorado, hija mía, al oír por primera vez un cántico lleno de expresión y de dulzura?

La niña respondió como enfadada:

—Cuando la hermana Catarina y el maestro Huygens cantan acompañándose con el clavicordio, lloro siempre, señora, pero no como vos lo hacéis.

—Y bien, hija mía: es la sensibilidad de mi alma, que no puede resistir á la dulzura de la música.

—Sí, es cierto, el alma se conmueve, el corazón palpita fuertemente; pero yo no cantaré más, porque si os vuelvo á ver triste como ahora, indudablemente me pondré enferma, porque eso me hace mal..... mucho mal.....

—¡Pobre niña! ¿Sabéis lo que es preciso hacer para consolarme? Estar siempre contenta y no llorar más. Una sonrisa vuestra me volverá pronto la alegría.

Houten Clara levantó la cabeza y mostró á la condesa su rostro húmedo aún de lágrimas, pero á la vez iluminado por una dulce y encantadora sonrisa. Esta prueba de afecto y de angélica bondad por parte de la niña, conmovió tan profundamente á la condesa, que, llevando las manos á su rostro, se cubrió los ojos durante

un momento, volviendo después á estrechar con efusión entre sus brazos á la niña.

Al ver esta nueva escena de ternura, la Madre comprendió que su presencia era un estorbo para la condesa, y venciendo generosamente su curiosidad, dejó la habitación, diciendo:

—Señora, es necesario que yo vaya á ver á mis otras huérfanas, porque no es muy fácil tenerlas en juicio. Quedad tranquilamente aquí con Clara, si así os agrada; nadie vendrá á turbaros, y yo volveré pronto.

Apenas la Madre había salido, la dueña dijo en español á la condesa:

—¿Creeis, señora, que esa mujer nada ha adivinado?..... Yo, por el contrario, creo que lo ha adivinado todo.

—Es muy posible, Inés,—respondió la condesa sin alterarse;—sin embargo, nada temo: ella ama á esta querida niña tanto como yo, y no puede causarla ningún mal.

—Señora: la lengua de una mujer, habla frecuentemente contra su corazón.

—Oh! Dios mío!..... Inés, no me entristezcas, querida mía; déjame gozar de mi felicidad.

—Me callo, señora..... Si sucede alguna desgracia, tanto peor: la dicha está allí, saboreadla.

Quando media hora después la Madre volvió, Houten Clara saltó de las rodillas de la condesa, y corrió hacia aquélla, mostrándole un libro y lanzando gritos de alegría.

—¡Oh, querida Madre!—exclamó:—mirad qué precioso libro de oraciones, con un broche de oro y con muchas imágenes muy lindas. El señor Juan del Rosario, que ha hecho vuestro retrato, ha pintado en este libro flores color de rosa y azules..... ¡Dios mío, qué contenta estoy!..... Y mañana tendré un libro de cánticos, y un collar de perlas..... oh! mirad: esto es muy lindo para la hija de un rey!

La condesa, que se había levantado y prepa-

rado á partir, tomó la mano de la Madre, y estrechán-lola afectuosamente, le dijo:

—Mucho os debo, señora. Si algo puedo hacer para daros á conocer mi gratitud, la puerta de mi casa está abierta para vos á todas horas. Mandad de mí lo que queráis, y yo os lo agradeceré.

—Sois muy buena, señora condesa. La benevolencia con que me honráis es para mí una recompensa suficiente. Disponed de mí, venid aquí siempre que queráis: todo está á vuestra disposición.....

—Hasta mañana, querida Madre..... Si por casualidad yo deseara hablaros, ¿tendríais la bondad de ir á mi casa?

—Sin duda, señora: eso sería mucho honor para mí.

Houten Clara inclinó tristemente la cabeza, y pareció próxima á llorar.

—Hasta mañana, mi hermoso ruiseñor,—dijo la condesa.

—¿No os quedáis aquí?—preguntó la niña suspirando.

—Volveré mañana, y os traeré el libro de cánticos. Venid, abrazadme una vez más, y no olvidéis á vuestra amiga.

—No, no; esta noche voy de nuevo á soñar mucho con vos.

—¿Habéis ya soñado otra vez conmigo?—dija la condesa sorprendida.—¿Y qué habéis soñado, mi querida niña?

—Oh! cosas muy lindas!..... He soñado que vos érais mi madre, que yo estaba á vuestro lado, descansando en vuestros brazos; que vos me abrazábais, y que me dábais muchos besos.....

—¡Hasta mañana!—exclamó la condesa con voz conmovida.

Y tomando de la mano á la dueña, casi arrastrando la llevó hasta la calle, como si hubiera querido escapar de un peligro inminente.

IV.

—Habéis tenido la bondad de mandarme venir, señora,—dijo Madre de las huérfanas, entrando á la habitación de la condesa de Almatá:—aquí me tenéis á vuestras órdenes.

—Sed bienvenida, querida Madre,—dijo la condesa.—Sentáos á mi lado, en este sillón, que tengo que hablaros muchas cosas..... Sin duda adivináis el objeto de que quiero hacer mención, ¿no es verdad?

—De Houten Clara, señora.

—En efecto..... ¿Conocéis la historia de esa niña?

—No sé sino muy poca cosa, señora. Houten Clara tenía ya un año en el Establecimiento, cuando yo entré en él como directora. Allí supe, que después del incendio y la devastación de una aldea, la niña había quedado huérfana, y que un soldado, compadecido de ella, la había recogido y tomado á su cargo. Más tarde, cediendo á las instancias de un pariente del fundador de nuestro Establecimiento, la niña fué recibida entre las huérfanas. Por mi parte, no he creído nunca esta historia, y siempre he visto en ella una fábula inventada para ocultar el verdadero origen de Clara.

—¿Y Clara, no sabe nada de sus padres?

—Lo que ella puede recordar vagamente, es que, aún muy niña, vivía en una aldea, en casa de unos pobres del lugar. Y lo que me hace creer que la niña no ha conocido ni los cuidados ni el amor de una madre, es, que de todos los seres que la rodeaban, no se acuerda más que de un corderito con quien compartía sus juegos y sus alegrías. Esto prueba que Clara no conoció á su madre, ó, si lo queréis mejor, que su madre la había abandonado.

A estas palabras, la condesa quedó sumergida en una profunda preocupación y como ab-